REFLEXIONES

EVOLUCIÓN TECNOLÓGICA, INVOLUCIÓN HUMANA

María Rosa Calvo-Manzano Ruiz Horn

Académica de Número de la Sección de Arquitectura y Bellas Artes de la Real Academia de Doctores de España

mrosacalvomanzano@hotmail.com

Estamos al inicio de una nueva era: «La Era de la Inteligencia Artificial». Un mundo de sorpresas se abre ante nosotros y sin conocerlo se nos antoja monstruo abrumador. No ha hecho más que empezar y no sabemos dónde pueda llegar. Menos a los jóvenes que están apasionados con el estudio de la ingeniería que desvela las ecuaciones de esta nueva carrera, los que estamos llegando al final de nuestro recorrido vital lo sentimos como una peripecia que nos llena de estupor. La magnitud del conocimiento científico que está alcanzando el hombre gracias a su inteligencia es de tal envergadura que cincuenta años atrás no podríamos ni haberlo imaginado. Pero tanto adelanto y calidad de vida no es sinónimo de felicidad. Además, los contrastes sociales y económicos cada vez son más abismales y las personas de bien no podemos ser felices observando la injusticia que empobrece al mundo. Mi generación piensa de forma unánime que nuestra juventud fue más feliz teniendo muy pocas cosas y viviendo precariedades con sobriedad espartana que devenía de una excepcional educación, cuando los jóvenes actuales desprecian casi todo porque antes de merecerlo reciben más que podrían soñar y lamentablemente, nadie educa ni forma.

Los imperialismos cambian de latitud, la economía gira de eje a velocidades impensables; y en un mundo cuyas locuras se nos relatan cada día en los medios de comunicación como normalidades, vivimos rodeados de polvorines abiertos que provocan destrucción, hambre y muerte, cuyas noticias no nos parecen impactar porque son habituales y repetitivas. ¡El miedo guarda la viña! De no ser así, una tercera guerra mundial ya se habría producido con el peligro del armamento nuclear. Nos inoculan odio y temor por todas partes para alejarnos y aborregarnos; y el hombre se tambalea en una selva salvaje cuya espesura le ciega y le induce a vivir deprisa adormecida su espiritualidad. El hombre ha aprendido a vivir sin responsabilidades, sin esfuerzos ni compromisos. Disfrutad del hoy, especie de imperativo, se ha convertido en el denominador común de vida, aunque lamentablemente observamos

que ese goce ficticio es enajenación que incita a la huida del todo. Afortunadamente, contra esta triste y masiva generalidad, hay valiosos modelos de vida en medio de tal jauría.

¿Por qué y a qué tiene miedo el hombre actual? ¡A todo! Nos hemos sumergido en la cultura del miedo. Vivimos asustados: miedo al calentamiento de la tierra; a la posible falta del agua; al desprecio a la vida; a las pandemias, siempre pululando sobre nuestras cabezas, si no reales, publicitadas; al maltrato; al asalto con violencia en casa o en la calle (robo, violación, ocupación, muerte); a los perturbados mentales no ingresados ni clínicamente atendidos; al despotismo; a las represalias; a las injurias que destrozan la personalidad humana; a la injusticia social; a las leyes que protegen al delincuente y dejan desprotegido al hombre bueno; a la corrupción que arruina a los países ricos enriqueciendo a sus gobernantes hasta dejar en la miseria al pueblo; a las ayudas que gobernantes amoraless ofrecen a foráneos y a otros pueblos, negando esas mismas ayudas, imprescindibles, a sus gentes, argumentado la debilidad de la economía; al encarecimiento escandaloso de los alimentos esenciales y al de los servicios básicos; a los desastres naturales o provocados, incendios que dejan sin techo ciudades enteras (muchos evitables y, lamentablemente, casi todos desatendidos por vejería o promesas incumplidas); a las tribus urbanas; al comercio de órganos; a la trata de seres; a los secuestros; a la invasión silenciosa promovida por mafias que enfrentan el conflicto inevitable de costumbres, valores y creencias; a la inmigración desordenada con privilegios escandalosos, contra la desprotección al despatriado honesto con títulos académicos y deseo de vivir y servir honradamente al y en el país de recepción, inmigrantes que, además, son necesarios con imperiosa urgencia; a la dificultad para que los jóvenes puedan subsistir con dignidad (trabajo y vivienda); a la explotación infantil mundial en tantas vertientes; a la falta de formación escolar y académica generalizada; a la degradación de la educación universalizada; a la letra pequeña de la Agenda 2030... ¡A la amoralidad imperante que protege la invulnerabilidad de un mundo en el que la ley está traficada por dirigentes asaltadores!

Me atrevería a dar un único calificativo a todos estos desastres humanos y humanitarios: vivimos la era de la deshumanización del hombre. Su mayor involución en el momento de la historia de mayor evolución del conocimiento en todas las áreas del saber y, más espectacular todavía, en el campo de la ciencia. Estamos sometidos bajo el reinado del anticristo. El mal dirige, preside y actúa a su libre albedrío: el hombre malo es alabado, es un triunfador; y el bueno es condenado y despreciado, es retrógrado y anodino.

No sé qué relación pueda tener, pero la apabullante magnitud avasalladora de la tecnología actual en todas sus vertientes (descubierta y dirigida por cerebros superdotados, extraordinarios investigadores), contra un pueblo cada vez más banal e insulso que camina aborregado hacia unas directrices de *Panem et circenses*. Un aplastante dominio desde las

más altas esferas a nivel mundial adormece, sistemáticamente, al hombre; y amedrentado con miedos a todo, queda anulada su posibilidad de detectar el verdadero mal del mundo actual: ¡la crisis de valores!

Cómo puede el socialismo girar hacia la izquierda y predicar sus valores democráticos, cuando los que hemos vivido en países comunistas como Cuba, Rusia o China (la China actual capitalismo-comunista), hemos palpado la destrucción sistemática y progresiva del todo. El hombre necesita estímulos para vivir, sin incentivos se adocena. Cómo ha podido ser que de forma inconsciente el hombre haya ido perdiendo paulatinamente la dignidad, el respeto al prójimo y a sí mismo. Quien no respeta al igual, no sabe respetarse ni valorar su identidad humana. El robot llega a anular a la persona antes de que nos mancillen con los chips previstos para el futuro con el fin de controlar la conducta general del hombre sobre la tierra. Vivimos bajo los efectos de un dominio totalitario inicial, que terminará anulando la voluntad del hombre con sistemas tecnológicos que nos acabarán convenciendo de su utilidad, porque nos darán todo resuelto.

A velocidades impensables y llenos de inconsciencia, se está perdiendo el sentido trascendente de la vida. No se puede despreciar nuestra capacidad de abstracción, que es lo que nos diferencia del género animal. El ser es alma y cuerpo, y el alma reclama su espacio, necesita belleza en mayúsculas, ese es el alimento que recarga su espíritu. Es imposible destruir la inmaterialidad, esencia de nuestro ser, porque intentar vivir de espaldas a la espiritualidad crea conflicto de existencia. Jamás en la historia del hombre se ha necesitado tanta ayuda psiquiátrica como en nuestro tiempo. Los ocios de riesgo son escapadas para acallar al espíritu afligido, como huidas son, para las almas angustiadas, los barbitúricos que terminan atrapando y destruyendo mortíferamente.

El Humanismo Cristiano ha sido la balanza que, durante más de dos mil años, por encima de las maldades del hombre —la más grave, la ambición— ha servido de equilibrio mundial. Los misioneros llevaron el AMOR, en mayúsculas, a los cinco continentes; se entregaron haciendo el bien hasta dar su vida por el prójimo. La vieja Europa, la culta, la cristiana Europa, está perdiendo su identidad. El relativismo y el buenismo son los mayores enemigos del hombre, supone su deformación espiritual. Vivimos en una especie de pereza anímica, anestesiados. Sedados para impedir luchar por la igualdad y la justicia, para hacer crítica de vida, para imponer el orden imprescindible, para no dejarnos manipular ni avasallar.

Partiendo de la base de que Dios conoce el futuro, es evidente que conoce nuestro destino, pero esto no significa que nuestro destino esté predestinado. Es el hombre y no la predestinación el que decide su destino: él es el autor absoluto de sus actos y por lo tanto la responsabilidad es exclusivamente suya. El alma es inmortal y perdura a pesar de la

descomposición del cuerpo. Ahí radica nuestra verdadera señal de identidad. Cuando se niega la realidad y se oculta la verdad, el hombre, confundido, delira y vaga sin rumbo.

Europa sin cristianismo no sería nada: no existiría; y Europa evangelizó al mundo entero. De acuerdo con el mensaje de su evangelio, la fuerza que ha tenido el humanismo cristiano en la comprensión de la caridad, de la misericordia, de la donación, de la entrega, de la cooperación, ha sido determinante. La influencia del cristianismo ha trascendido en la arquitectura, música, escultura, pintura, literatura, poesía, artes menores... Europa es cristiana desde sus orígenes, y en esos orígenes construyó su identidad. El cristianismo tiene una vigencia de 2000 años en la tradición mundial. Marcó el hito de un calendario. Y Jesucristo nos prometió: «...estaré con vosotros hasta el final de los tiempos» Ese es nuestro único consuelo. El mundo no puede acabar en un apocalipsis provocado por la locura de la ambición.

La desacralización del cristianismo ha sido una constante en la historia desde los tiempos de Jesucristo. Lamentablemente, hemos tenido que soportar en la ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos de París el grotesco y bochornoso espectáculo de imágenes chabacanas que ofendían los principios de la Francia cristiana de un San Luis y de un San Bernardo de Claraval. No hay religión en el mundo que predique el amor por encima de cualquier circunstancia como el cristianismo.

Es difícil entender el sentimiento de fracaso y la tragedia de los primeros cristianos que presenciaron la Crucifixión de su Maestro. La destrucción ante sus ojos de la persona que transmitía, predicaba y repartía bien por doquier. Pero qué fuerza imprimió su personalidad que, desde los primeros tiempos y a pesar de lo que parecía un fracaso de vida viendo destrozada la figura del hombre que más amor transmitía, una legión de seguidores apareció por todas partes, a pesar de tener que ocultar sus sentimientos entre catacumbas en los primeros tiempos. El hombre estaba angustiado del dominio y de la esclavitud, y Jesús hablaba de libertad de libertades, no del libertinaje que ahora se confunde con libertad. Es lamentable que las guerras hayan sido una constante que han empañado el mundo en el que el humanismo cristiano era el nexo de unión entre los pueblos. Porque tras tanto fracaso, el hombre no aprende a dialogar, a repartir, a negociar las riquezas para que todos puedan alcanzarlas en un estadio de igualdad que sería suficiente para que cupiéramos y viviéramos en todos los continentes en armonía, sin diásporas humanas, sin depredación, sin yugos, sin dominios despóticos, sin explotación amoral. Simplemente, con que las cantidades millonarias que se emplean en armamento fueran destinadas para preparar infraestructura y oficios en los pueblos del tercer mundo, la vida, además de más justa, sería más fácil para sus infortunados moradores que mueren de hambre o se ven obligados a emigrar.

Valery Giscard d'Estaing, presidente de la Convención en la que se redactó el proyecto de Constitución de la UE, no quiso que en la Carta Magna se reflejara la matriz cristiana de Europa y su aportación a la historia y a la cultura europea. Grave error, una severa equivocación no reconocer una realidad innegable. La influencia del humanismo cristiano en Europa es un elemento básico de la identidad de nuestra cultura y gracias a la inconmensurable labor misional se extrapoló al mundo entero.

La esclavitud fue aceptada de forma universal. Solo los países cristianos seguidores de la doctrina de San Pablo, *Gálatas, 3:28*: «No hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay hombre ni mujer; porque todos sois uno en Cristo Jesús...», se opusieron a la esclavitud declarándola una inmoralidad que atentaba contra la dignidad del hombre, e iniciaron una campaña de erradicación. La reina Isabel la Católica fue la primera persona que se preocupó por los derechos de los indios: determinó que seguirían siendo los propietarios de las tierras que les pertenecían con anterioridad a la llegada de los españoles y en el año 1500 dictó un decreto que prohibió la esclavitud. La reina Isabel, la Católica Isabel —Isabel la Grande, como debería llamarse—, luchó contra la esclavitud hasta sus últimos días, incluso lo dejó escrito en su *Testamento*. En 1503, la reina Isabel reclamó al Gobernador Nicolas Ovando, hombre fundamental en los primeros años de presencia española en América, «que fomentara los matrimonios mixtos, que son legítimos y recomendables porque los indios son vasallos libres de la Corona Española».

Los padres de la constitución americana John Adams, Benjamin Franklin, Alexander Hamilton, John Jay, Thomas Jefferson, James Madison y George Washington hicieron esfuerzos progresivamente para contener o limitar la esclavitud en los Estados Unidos y sus territorios, incluyendo la prohibición de la esclavitud en la Ordenanza del Noroeste de 1787, y la abolición de la trata internacional de esclavos en 1807. Pero el mundo actual, lamentablemente, está plagado de esclavos: lo somos todos, cuando no hay libertad para decir o somos incapaces de expresar: ¡Basta ya!

Me gustaría que en mi último suspiro —antes del viaje a la eternidad y cansada de observar tanta amoralidad y no tener fuerzas para influir desde mi insignificante persona a reordenar moralmente y atacar las injusticias— pudiera parafrasear con serenidad a San Juan Pablo II en su agonía: «*voy a la Casa del Padre*».